

Lope de Aguirre

entre la exaltación y la condena de la historia

Vizcaíno, Ingrid Galster

En un ensayo sobre Lope de Aguirre en el contexto de lo que con Seymour Menton se ha dado en llamar *la nueva novela histórica latinoamericana* (Menton:1992), la crítico alemana Ingrid Galster hace referencia al modo en el que el "Catecismo de Historia de Venezuela" (1885) se refiere a Aguirre: "Un vizcaíno inquieto de una ferocidad incomparable" (Galster:1997). Traemos a colación esa referencia escrita hace ya más de un siglo, porque creemos que en esa aproximación al Tirano, se encuentra sintetizada toda una tradición respecto de la perspectiva que ha ofrecido la Historia acerca de ciertos acontecimientos y personajes del pasado. Nuestra Historia, me refiero a esa que se escribe con mayúscula y que encontramos en los libros de texto y en la escuela estamos obligados a repetir y a aceptar como dogma, ha dibujado un perfil del pasado en el cual los hechos y sus protagonistas vienen identificados con las marcas definitivas del bien o del mal. Así, acceder al pasado es un acto que ocurre mediante la imposición de verdades construidas, cuya naturaleza —lo decimos a partir de Nietzsche— trasciende el acto de enunciarse como *verdad o conocimiento*.

Al acercarnos a la figura del Tirano Aguirre observamos que la visión del villano, de ese "ser de ferocidad incomparable", se basa fundamentalmente en la lectura de las crónicas y relaciones que sobre la expedición de Pedro de Ursúa al reino Omagüas (1559) escribieron los cronistas que parti-

ciparon en la aventura, así como de la lectura de los relatos de algunos testigos que presenciaron la actuación del vasco en Margarita; en otros casos, los comentarios sobre Aguirre se hacen a partir de lo que Juan de Castellanos en su *Elegía de varones ilustres* (1588) cuenta que escuchó de otras versiones y relatos que circularon muchos años después de ese histórico desembarco de Lope en la isla venezolana. En la mayoría de los comentarios a propósito de la figura de Aguirre esos textos se han convertido en un material que apenas se interpreta y sólo alcanza a repetirse casi de un modo literal. No obstante, tales documentos han sido también objeto de otras lecturas que han tomado en cuenta aspectos de la realidad y circunstancias del lenguaje diferentes que nos han permitido ampliar el horizonte o modificar la imagen de ese extraño y enigmático personaje.

De entre el material con el que también podemos contar para acercarnos a la figura de Lope contamos con algunos textos en los cuales es el propio Lope de Aguirre quien habla. Dicho material trata de tres cartas que el personaje dirigió a tres instancias distintas del poder colonial: al propio Felipe II, al misionero Fray Francisco de Montesinos y al gobernador Pablo Collado. Esas cartas son un documento de extraordinario interés: frente a la censura, la marginación o el aislamiento a los que los cronistas y la propia Historia sometieron al personaje, en esos papeles surge la voz altisonante y chillona del Tirano, cuyo sentido de autenticidad y rebeldía reclaman una reinterpretación de ese atormentado y contradictorio aventurero español.

Es así como Lope de Aguirre se encuentra caracterizado en algunas versiones de la historia como uno de más sanguinarios protagonistas de la leyenda más negra de la Conquista americana, a la vez que en otros textos su historia coincide con una visión menos terrible del personaje, que a veces llega a convertirse en una exaltación de tan controversial figura. Según lo refiere Beatriz Pastor, D. Segundo Ispúa en su libro *Los vascos en América* intenta mitificar la figura de Aguirre, al presentarlo como un héroe de cualidades extraordinarias, precursor de la independencia latinoamericana. Ese intento reivindicador de la figura de Aguirre, corre paralelamente al esfuerzo de algunos historiadores contemporáneos, que intentan ofrecer una lectura de la historia menos comprometida y menos ceñida a los modos tradicionales como se ha interpretado el pasado. En esta línea de la interpretación histórica creemos encontrar la biografía de Lope de Aguirre escrita por el historiador Casto Fulgencio López en 1942. En su interesante investi-

gación, López -quien a veces se ve tentado a separarse de la fría imagen objetiva que exige el discurso histórico, para recrearse en una narración más cerca de lo literario- ofrece al lector una serie de posibles interpretaciones de un fenómeno que va más allá del relato de las hazañas o de los acontecimientos terribles y sangrientos protagonizados por un ser abominable y perverso. Nos llama poderosamente la atención el modo como el historiador va dibujando el perfil del conquistador, a partir de la consideración de los valores en los cuales se sustentaba la conquista del Nuevo Mundo. Nociones tales como la fe, la valentía o la sumisión al poder de la corona española; o actitudes tales como la crueldad, la ambición, el terror o la miseria protagonizados por los conquistadores españoles, van dando al lector los elementos necesarios para concebir una imagen más auténtica de esos temerarios aventureros. El texto ofrece la posibilidad de entender la Conquista como un acto de rapiña, pero también como una experiencia dolorosa de explotación y miseria a la que se sometieron todos aquellos elementos involucrados en el proceso. El surgimiento de la idea separatista del poder de la corona española protagonizado de manera radical por Lope de Aguirre, es interpretado en este interesante estudio como un acontecimiento que surge de manera paulatina y que es producto del enfrentamiento entre los intereses de la corona y los españoles involucrados directamente en la Conquista. Es oportuno señalar cómo el historiador identifica las más de las veces a Lope de Aguirre con el calificativo de "Caudillo"; que no de loco, traidor o asesino, como generalmente se ha catalogado al personaje. Al referir el hecho que Perú de la Croix narra en el *Diario de Bucaramanga*, relacionado con la lectura y los comentarios que Simón Bolívar hace de la aventura del Tirano, López deja sentado lo siguiente:

"No tratamos de considerar (las ideas separatistas de Aguirre) como un propósito americanista de independencia, en el sentido místico con que fueron planeados y llevados a cabo doscientos años después (...), pero por lo menos (éstos) dejaron sembrados en Amazonas, en Margarita, en Tierra Firme, la semilla de la revuelta libertadora que siglos más tarde florecerá en Caracas, en otro espíritu vasco." (López:111-112).

Entre las múltiples interpretaciones que se han hecho en torno a la figura de Lope de Aguirre, consideramos que quizá sean las apreciaciones de Beatriz Pastor, junto con algunos de los aportes de Casto Fulgencio López, los acercamientos más interesantes que conozcamos a propósito de la historia de este personaje. En el análisis crítico que hace de las crónicas y cartas de Lope, Pastor toma en cuenta una serie

de factores que trascienden la percepción circunstancial del héroe o del villano; el personaje se sitúa en un contexto cultural, ideológico y político que explica en cierto modo la inmensa repercusión histórica y literaria de Lope de Aguirre. Al realizar una valoración de Lope, Beatriz Pastor señala:

“El análisis de la concepción del mundo y la ideología de Aguirre, tal como se expresa en su discurso, revela a pesar del carácter políticamente subversivo de su sublevación la imposibilidad de considerarlo un precursor de la ideología independentista americana. La rebeldía de Aguirre no se dirige hacia formas de liberación del futuro, sino hacia un intento anacrónico de restauración de un pasado medieval mitificado (...) El comportamiento terrible de Aguirre durante la jornada del Marañón y la ocupación de Margarita no lo desliga de su contexto histórico sino que lo convierte en un personaje clave que revela y desenmascara en sus actos una realidad centrada en el ejercicio de la violencia y el abuso del poder (...) en el discurso oscuro y atormentado de sus cartas se expresa la percepción de un hombre a caballo entre la nostalgia de un mundo mitificado y perdido, y el rechazo de una nueva conciencia (...) en su figura contradictoria y conflictiva converge y se expresa toda la problemática de una época que marca la transición del mundo anclada en estructuras ideológicas medievales y la emergencia, en ya en el Barroco, de una conciencia moderna” (Pastor:445-447).

¿Ángel o príncipe de la libertad?; ¿ser maldito y perverso, expulsado del reino de Dios... traidor, asesino o fraticida?; ¿hombre producto de sus circunstancias y de su tiempo, a quien sólo podríamos comprender desde nuestro propio tiempo y desde nuestro horizonte? Tales son algunas de las posibles interpretaciones que nos ofrece la historia de ese extraordinario personaje, cuya imagen de héroe o demonio parece recorrer, cual fantasma, la historia de nuestro Continente.

Lope de Aguirre en el cruce de fronteras.

Entre lo histórico y lo imaginado:

Como hemos visto, la historia de Lope de Aguirre parece tocar los extremos de la salvación o de la condena providencial. “El peregrino”, como el mismo se llamaba, atraviesa el período de la Conquista en una suerte de recorrido fantasmal del cual sólo su voz, metálica y chillona, parece no rendirse frente los avatares de la aventura y de la muerte. Dice Lope: “los que vinieren contra nosotros, hagan cuenta que vienen a pelear contra los espíritus de hombres muertos.” (López:228). Quizá sea esa idea de peregrino y maldito ya implícita en su propio pensamiento, uno de los elementos que más haya atraído la atención

de quienes se han ocupado de reescribir la vida del Tirano desde la historia; desde el cine, como es el caso del film del cineasta alemán Werner Herzog "Aguirre, la cólera de Dios" (1975); desde textos narrativos como *Tirano banderas* (1926), de Valle Inclán, *El camino de El Dorado* (1947) de Arturo Uslar Pietri, *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* (1964) de Ramón José Sender; o más recientemente *Lope de Aguirre, príncipe de la Libertad* (1969) de Miguel Otero Silva, *Daimón* (1978) de Abel Posse; o desde obras teatrales como "Lope de Aguirre en busca de El Dorado" de Luis Britto García, entre otros.

Posee la vida de Aguirre una serie de características ciertamente atractivas para una literatura que bien se mira a sí misma como instrumento "de refuerzo en el proceso de diseño, desarrollo y consolidación de los proyectos nacionales en cada uno de nuestros países" (Pacheco:1997) o que bien se asume como una forma de creación de mundos posibles, suerte de interpretación de la realidad o del mundo que se da desde el ámbito de lo imaginario.

En el acercamiento a la figura de Lope de Aguirre que hace Arturo Uslar Pietri en su novela *En busca de El Dorado* (*La oveja negra*:1985) nos llama especialmente la atención el logro de la imagen vital que de la naturaleza americana obtiene el autor. Mediante el uso recurrente de imágenes cromáticas, la selva va adquiriendo un contorno oscuro y fantasmal en el que las aguas de un río inmenso y profundo —el Marañón— parecen guardar secretos que el conquistador sólo llegará a descubrir, luego de un tortuoso y angustiante recorrido. Frente a la selva, los hombres sentían la avasalladora presencia de lo desmesurado y de lo misterioso. Era el mundo infinito de aquella agua viva que se multiplicaba en el cauce inmenso y que rodaba, con sus troncos, con sus animales, con sus ruidos hacia un rumbo desconocido que nadie podía modificar. Y era también el mundo infinito de la selva espesa, impenetrable y desconocida, llena de una vida huraña, pululante y temible" (p.45).

Esa descripción de la selva amazónica además de inscribirse en la tradición de lo telúrico, tendencia cara a la tradición literaria del Continente y del país, parece recoger algunos de los sentidos claves de la percepción del mundo y de la naturaleza que tuvo el expedicionario español en el Nuevo Mundo: el misterio, la desmesura, la avasallante presencia de la vegetación; los ríos, el color y los murmullos de una selva atrayente, pero amenazante, son elementos que constantemente se nombran en las crónicas como símbolo de la abundancia o como

obstáculo insalvable en cada una de las empresas conquistadoras. El mismo recurso de la descripción del paisaje sirve en el texto que comentamos como el escenario de presagios, cuya fatalidad se desplaza con la misma fuerza arrolladora de las aguas del Marañón. El Dorado, que anuncia la presencia encantada de una ciudad toda de oro, con paredes, techos, calles e ídolos de oro, comienza a desvanecerse entre la neblina y la lluvia, con sus edificaciones imaginarias y ese rey vestido de polvo de oro que habita un espacio diseñado para el desastre y la muerte.

En la novela de Uslar Pietri "el loco Aguirre" está descrito mediante imágenes que degradan al personaje, física y moralmente. Esa "inquietante aureola de la figura de Aguirre" (p.74) va tornándose cada vez con más fuerza, en la imagen de la fatalidad ya sugerida en el avasallante paisaje. La voz, movimientos y esa mirada bizca, fija y encendida de Lope parecen encarnar la maldición que los expedicionarios intuyeron al verse envueltos en la oscuridad de la selva tupida o en la negrura de las aguas del torrencial río. El silencio del Tirano es tan temido, como los insultos o herejías que saben proferir sus labios. Nada salva al personaje; acaso sólo el amor de su hija, quien finalmente muere a manos de su propio padre. Todos estos elementos que en la obra son tratados con gran dramatismo, parecen a su vez funcionar como elementos significativos en el tratamiento de un personaje, cuyos rasgos no difieren en gran medida de aquellos descritos por los cronistas responsables de relatar la aventura de Lope de Aguirre en la selva amazónica. La versión que el texto da sobre el caudillo, escrito con la maestría de un excelente narrador que no escatima en utilizar distintos recursos estilísticos y poéticos para sus propósitos de reescribir la historia de Aguirre, no se desprende de modo alguno de las versiones que la crónica histórica hace respecto del personaje. En la novela la voz "cascada y chillona" de Lope sólo se escucha a través de otras voces y sus acciones se ven constantemente descalificadas por el carácter demencial, sanguinario y ambicioso con que se ha caracterizado desde un principio al personaje. La incorporación del texto histórico se da en la novela sin mayores riesgos; el narrador se ubica en la posición de quien pretende esclarecer algunos acontecimientos del pasado desde la verdad ya contada por las voces que la Historia ha autorizado desde siempre. La inclusión de otros textos en la novela que leemos pasa por la reelaboración de una voz que sólo se concentra en imprimir mayor precisión e intensidad a las versiones ya dichas por otros. El carácter imaginativo del texto se desarrolla básicamente mediante la metaforización del paisaje, cuestión que paradójicamente se utiliza para sustentar esa aspiración afirmativa y de sanción

moral que parece dominar al relato. Ese "afán de tipificar una condición humana" que manifiesta Uslar al hablar de las razones que le llevaron a versionar la vida de Aguirre (López Ortega:1994), lleva al escritor a crear el modelo de un antihéroe, cuyos rasgos de rebeldía lo conducen inexorablemente al castigo o al repudio de sus contemporáneos y de la propia Historia. Como lo afirma la investigadora argentina María Antonia Zandanel, a lo largo del texto la novela se resiste a abandonar "esa sensación de credibilidad" a la que naturalmente aspira el relato histórico.

En la novela de Miguel Otero Silva, *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad* (Seix Barral: 1979) el escritor interpreta de otro modo la figura del vasco. En ese texto, el novelista utiliza una serie de recursos narrativos que pretenden una sintonía de la obra con la llamada *nueva novela histórica latinoamericana*: la de la problematización del concepto tradicional de la historia y la del cuestionamiento al poder, a partir de la vinculación entre el discurso histórico y el género novelístico. En esta novela percibimos una clara conciencia de las posibilidades que tiene el texto literario para convertir el hecho histórico en un acontecimiento de la imaginación, para el cual el sentido de la verdad o el sentido de lo real no son una condición límite para su sostenimiento o coherencia. La figura del héroe es en la obra uno de los elementos con los que el escritor establece un juego interpretativo de interesantes resultados. Lope de Aguirre, el personaje, se convierte en un antihéroe que irá de la autodegradación física y moral —"soy el cojo Aguirre, el loco Aguirre, el enano Aguirre" (p.95)—, a la exaltación exacerbada y mitificada de sus condiciones y significación histórica. En una suerte de manejo dialéctico de esos conceptos, la experiencia marginal, abyecta y carnalesca del antihéroe invierte su sentido, para convertirse en la expresión positiva de un personaje que, a la manera de los relatos más tradicionales, tendrá una función de modelo o guía excepcional. La libertad que da el género al manejo de los datos tomados de la historia o de la realidad, llevan al autor a establecer sorprendentes identificaciones, tales como las que ocurren con la utilización de frases tradicionalmente puestas en los labios de Bolívar y que Otero Silva desplaza a la voz alterna del Tirano: "todos los servidores del Rey español deben contar con la muerte aun en el caso de que sean indiferentes" (p.295); "Si se opone la naturaleza a nuestros designios, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca!" (p.313)

La crítica al poder es en la novela uno de su ejes fundamentales. Es el sentido de la rebeldía la expresión más extrema de ese

cuestionamiento, la cualidad más preciada de este antihéroe; privilegio que se ha conseguido no como un don sobrenatural, sino a través de una experiencia dolorosa y de marginación. La revisión que Otero Silva hace en la novela del proceso de Conquista y Colonización españolas es, como ocurre en la mayoría de los textos latinoamericanos modernos que tratan el tema de lo histórico, uno de los asuntos que con mayor preocupación se exponen en el texto. La sublevación de Lope frente a la corona española sirve en la obra para sustentar un cuestionamiento severo a la actuación y desmanes del conquistador; a la vez este aspecto refuerza la intención de presentar a Aguirre como un modelo en el que se expresan los intereses de un colectivo. La libertad aparece como un valor de extraordinaria trascendencia en la obra. En la novela el recorrido iniciado por Lope de Aguirre es el más difícil, el que comporta mayores riesgos y obstáculos, un doloroso trayecto hacia la libertad al que ningún otro héroe haya podido someterse. Podríamos decir que vemos en esta novela el desarrollo paralelo de dos proyectos fundamentales: Uno, el de escribir una novela histórica con rasgos de modernidad, ya con extraordinarios logros en el Continente y en nuestro país —sólo pensemos en Alejo Carpentier o en Enrique Bernardo Núñez—; otro, de naturaleza edificante, traducido en el diseño de un héroe que encarna una serie de valores positivos. El texto, que intenta ubicarse en una posición crítica frente a la Historia tradicional, se vale de los mismos procedimientos estilísticos e ideológicos que ésta utiliza para construir la imagen de sus precursores o héroes de la libertad.

En las dos novelas que hemos revisado a propósito del tratamiento de la figura de Lope de Aguirre, hemos observado los distintos modos mediante los cuales ambos textos intentan realizar una condena o una exaltación de esa figura histórica. Ambas formas de abordar el hecho histórico que parecen distinguirse en sus propuestas e intenciones ideológicas y formales, guardan, sin embargo, ciertas coincidencias que nos remiten a esa tendencia de la literatura nacional y latinoamericana de ver en lo histórico y en lo literario un medio excepcional para crear conciencia y contribuir a formar una idea de nación. La intención de proponer modelos de comportamiento a través de un personaje novelesco presente en ambas novelas publicadas entre 1947 y 1979, la ubica en una tradición de la novela histórica latinoamericana, que tiene en el siglo XIX sus mejores momentos. Sin embargo, debemos reconocer que ambas novelas poseen el mérito de ser experiencias de trabajo en las cuales el tema de lo histórico retoma el espacio ficcional, con la intención de reflexionar sobre el pasado. Podríamos decir que ellas son

un antecedente de la novela histórica venezolana contemporánea que tiene en las obras de Manuel Trujillo, Denzil Romero, Ana Teresa Torres, Milagros Mata Gil o Laura Antillano, entre otros, una excelente muestra de esa escritura que disuelve las fronteras del tiempo y de la historia para brindarnos una versión renovada de los momentos que con mayor gloria o dolor han quedado como marcas indelebles en nuestra cultura y en nuestra sensibilidad venezolanas.

De esta manera podemos considerar a Lope de Aguirre como un personaje que no sólo ocupa un interesante y controvertido espacio en la historia venezolana, sino que ha sido igualmente objeto de interesantes experiencias novelísticas en las que reinventa, se exalta o se degrada a ese héroe o villano de la historia

Bibliografía

BÁSICA:

OTERO SILVA, Miguel. *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*, Barcelona, Seix Barral, 1979

USLAR PIETRI, Arturo *Camino de El Dorado*, Caracas, La oveja negra, 1985

DE CONSULTA:

GALSTER, Ingrid. "El conquistador Lope de Aguirre en la Nueva Novela Histórica", en *La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la posmodernidad*.

Kart Kohut, Editor, Frankfurt-Madrid, Americana Eystettensia, 1997

MENTON, Seymour. *La nueva novela histórica latinoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992

LÓPEZ, Casto Fulgencio. *Lope de Aguirre, El Peregrino*, Caracas, 1942

PACHECO, Carlos. "Reinventar el pasado: la ficción como historia alternativa". Ponencia presentada en las III Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana, Quito, 1997

PASTOR, Beatriz. *El discurso narrativo de la conquista de América*, La Habana, Casa Las Américas, 1983

ZANDANEL, María Antonia. "De escrituras y reescrituras: la impronta del pasado en la literatura latinoamericana contemporánea". Ponencia presentada en el Congreso de Literatura Iberoamericana, Caracas, 1996